

15 céntimos el numero



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 6 Mayo de 1893

Núm. 49

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



CAROLINA CIVILI

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — SILUETAS MODERNAS: Carolina Civil, por EDUARDO ZAMORA CABALLERO. — La caridad y la gratitud (poesía), por JOSÉ SELGAS. — El mantón de Manila, por JOSÉ FELIU Y CODINA. — LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: Detalles del proyectado parque nacional Yosemite, por JOHN MUIR (continuación), de *The Century Magazine*, traducido por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Carolina Civil. — La pequeña Aurora y su abuela, cuadro de MISS ELLEN G. HILL. — Rocas llamadas Faraglioni, cerca de la isla de Capri, cuadro de AUGUSTO LEU. — LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: Las grandes praderas del Toulumne y los montes Dana y Gibbs. — Región meridional de las praderas Toulumne. Picos del Unicornio y de la Catedral. — El pico de la Catedral. — M. Beernaert, presidente del ministerio de Bélgica.



Crónica

La caliginosa nube que se había cernido sobre Bélgica, y casi diríamos sobre toda Europa, se desvaneció merced á la votación por la Cámara belga de la proposición Nyssens, que establecía el voto llamado plural, conforme ya lo dijimos en el anterior número. El ministerio que preside M. Beernaert se mostró hábil al aceptar la expresada proposición, porque si bien hubo de ver que con ella no se resolvía para siempre el problema, se conjuraba por lo menos el conflicto y se disponía de tiempo para prevenir en lo futuro nuevas dificultades y complicaciones. Tampoco los socialistas quedaron satisfechos de esta solución de momento, pero la aceptaron con el propósito de emprender luego la propaganda y la lucha en favor del sufragio universal sin limitaciones. Comprendieron que el Gobierno era fuerte y que les libraría ruda batalla; vieron también que la huelga general es ocasionada á contingencias graves y á consecuencias perjudiciales, casi siempre más para el obrero que para el patrono, y por tales motivos aceptaron ahora el voto plural como un compás de espera en la contienda política. Aparte de los riesgos que puede correr en el interior el país belga, uno de los peligros que más alarmada tenía á la opinión pública en Europa era el de una intervención de Alemania en aquel territorio, cosa que hubiera podido suceder, según el sesgo que hubiesen tomado los acontecimientos. La entrada de un soldado alemán en Bélgica por la frontera del Norte hubiera sido la entrada inmediatamente de tropas francesas por el lado opuesto, y con ello la guerra entre ambas naciones, que hubiera acabado quizás en guerra europea. Comprenderán, pues, nuestros lectores con qué inquietud debían verse los sucesos de Bélgica.

El voto plural, de que tanto se ha hablado estos días, por la mencionada causa, consiste en que cada ciudadano que haya cumplido los veinticinco años, tenga un voto en las elecciones populares, pero que además cuente con uno ó dos votos más si reuniere otras determinadas cualidades. Así, el belga que hubiese llegado á los treinta y cinco años y fuere padre de familia tendrá un voto más sobre el ordinario, y otro tanto ocurrirá con el que pague

cinco francos de contribución, ó posea dos mil francos, ó deposite cantidad igual en una Caja de Ahorros, ó hubiere obtenido cualquier título de segunda enseñanza. Este sistema ofrece un carácter racional, mas no se puede prever qué resultados dará en la práctica. En Inglaterra se combate hoy día para suprimir la acumulación de votos de que gozan algunos electores, pidiéndose la aplicación estricta del principio *one man, one vote* (un hombre, un voto), propaganda dirigida muy especialmente contra algunos próceres y potentados de la Gran Bretaña. Bélgica contaba 160,000 electores, número que con la proposición Nyssens subirá á 1.200,000. Hasta qué punto este guarismo influirá en bien ó en mal en la marcha de aquel rico y adelantado país, nos lo dirá el tiempo.

Sigue en Inglaterra la batalla empeñada por causa del proyecto del *Home Rule* para Irlanda. En la segunda lectura Mr. Gladstone ha sacado triunfante el proyecto en la Cámara de los Comunes por una mayoría de algo más de cuarenta votos. Todo el mundo opina que al fin la mencionada ley será aprobada en la Cámara baja, pero luego habrá de pasar á la Cámara alta y entonces luchará el gabinete Gladstone con nuevas y mayores dificultades que le será muy difícil superar. No falta quiénes vaticinen que los lores no aprobarán el proyecto de *Home Rule* en manera alguna. Y aun cuando lo hicieren no habrían terminado los azares para el gabinete liberal, porque en Irlanda existe también viva oposición á la ley que se discute; en unos, porque entienden que ha de perjudicar á las relaciones de aquel país con Inglaterra desligándolo de ella, y en otros, porque lo encuentran poco regionalista, y en consecuencia que no satisface las aspiraciones verdaderas de los llamados nacionalistas ó separatistas.

Los reyes Humberto y Margarita han celebrado sus bodas de plata, y con tal motivo han acudido á felicitarles en su Palacio del Quirinal algunos Príncipes extranjeros y los emperadores Guillermo II y Augusta. Como es de suponer, otra vez ha salido á relucir la triple alianza, suponiendo que el viaje á Italia del Emperador de Alemania algo tenía que ver también con aquel compromiso político. Guillermo II y su esposa hicieron igualmente una cariñosa visita á Su Santidad León XIII, expresando una vez más aquel soberano la elevada consideración en que tiene la sabiduría y la prudencia del actual Padre Santo.

De las elecciones municipales, que están próximas, se habla en nuestra casa, diciéndose si las aplazará ó no el gobierno del señor Sagasta. Para ello ha de acudir á las Cortes al objeto de que aprueben la correspondiente ley. Mientras tanto el Ayuntamiento de Madrid, que tanto ha dado que hacer á todos los gobiernos, trae también preocupado al actual. Es un hecho que en aquel cabildo se sucede un alcalde tras otro sin que ninguno consiga hacer marchar bien el carro municipal. El conde de San Bernardo, recientemente nombrado para presidirlo, se encontró pronto en situación tal con los concejales que se le hizo imposible llevar á cabo cosa alguna de provecho. Ante los obstáculos que se oponían á su administración renunció el cargo, insistiendo en esto á pesar de los esfuerzos que hizo el señor Sagasta para disuadirle. Don Santiago Angulo, persona muy conocida en Madrid, antiguo progresista y ex ministro, le ha sustituido en la

alcaldía de la villa y Corte. Veremos si será más afortunado que sus antecesores.

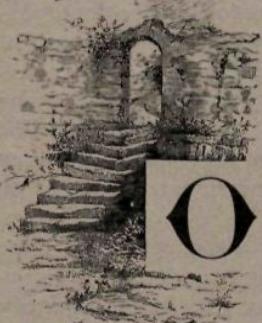
Han salido ya para los Estados Unidos SS. AA. los Infantes doña Eulalia y don Antonio, embarcados en el magnífico vapor *Maria Cristina*, de la Compañía Transatlántica. El día 5 de Mayo llegará el vapor á Puerto Rico, el 9 á la Habana, donde permanecerá hasta el 15, y el 19 á Nueva York. Va con los Infantes la banda del regimiento de infantería de Zaragoza, que antes de marchar de Madrid dió, por voluntad de S. M. la Reina, un brillante concierto en el Real Palacio. Invitados por nuestra augusta soberana asistieron á la fiesta las personas más ilustres de Madrid. En aquella ciudad se han comenzado las obras de la nueva basílica de Atocha y trasladada á la iglesia del Buen Suceso la milagrosa imagen de la Virgen bajo la citada advocación, la Reina Regente ha aprovechado la oportunidad para hacer la primera visita á la Reina de Cielos y Tierra con el mismo ceremonial con que se celebraba antiguamente la *Salve*. Así se hizo, asistiendo á la función doña María Cristina con sus augustos Hijos, oficiando el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid y asistiendo además al acto el Sr. Obispo de Sión.

La Real Academia de la Lengua se ocupó en la adjudicación del premio Cortina á la mejor obra dramática de la temporada. Diez académicos votaron para que se otorgase al drama *Mariana*, de don José Echegaray, y cinco para que se diese á *La Dolores*, de don José Feliu y Codina. La votación de la Real Academia Española prueba que *Mariana* y *La Dolores* han sido las dos producciones salientes entre las que se han estrenado durante este invierno en los diversos teatros de la Corte. Las dos habían sido representadas en el teatro de la Comedia por la compañía que dirige el hábil y estudiado actor don Emilio Mario. *La Dolores* se había hecho antes en el teatro de Novedades de Barcelona con el mismo aplauso que ha alcanzado en Madrid.

B.

Siluetas modernas

CAROLINA CIVILI



OBEDECiendo á no se qué capricho de mi carácter, nada inclinado á la melancolía, siempre que llego á un pueblo suele ser la del cementerio una de mis primeras visitas.

Después de conocer la ciudad de los vivos, experimento un deseo irresistible de ver la de los muertos; y acontece casi siempre que estas visitas, comenzadas con curiosidad poco menos que indiferente, acaban por ser para mí motivo de tristeza y de amargas reflexiones.

Mas no por eso renuncio á repetirlas. A los que pisamos los umbrales de la vejez, nos conviene pensar en el término de la vida.

Una de las cosas que me entristecen al visitar los cementerios, es que nunca dejo de encontrar en los sepul-

etros los nombres de muchos amigos, ó por lo menos conocidos, á quienes he tratado con más ó menos intimidad.

Habiendo pasado la mayor parte de mi vida en Madrid, metido en las agitaciones de la política y sin separarme nunca por completo del mundo de las artes, claro es que he conocido á muchas personas de cierta notoriedad. Con unos he trabajado relaciones íntimas, con otros no las he tenido más que superficiales, y los accidentes de la vida han hecho que las superficiales y hasta las íntimas, se fuesen renovando con el tiempo y las circunstancias. Pero al entrar en los cementerios, nombres que tenía poco menos que olvidados, han venido á despertar en mi memoria, viéndolos grabados en lápidas funerarias, el recuerdo de amistades antiguas, sugiriéndome el pensamiento de que cuando se llega al último tercio de la vida, tiene uno más aficiones debajo que encima de la tierra.

Hace tres años veraneaba en las inmediaciones de Madrid en el pueblo de Carabanchel Alto.

Y cuidado que para veranear en Carabanchel se necesita estar dejado de la mano de Dios, porque es casi lo mismo que veranear en el desierto de Sahara.

Hace tanto calor como en Madrid y las molestias son infinitamente mayores.

Paseaba una tarde por el camino de Leganés, entre unos campos áridos y secos que daban gana de llorar, y contemplando á largas distancias tal cual grupo de árboles raquílicos, que denotaban la presencia de una vivienda sucia y pobre y hacia el mismo efecto que deben producir los oasis á los que atraviesan los arenales de África, cuando de pronto hirieron mi vista unas tapias que formaban un cercado rectangular, el cual tenía ingreso por una puerta no muy grande, entreabierta en aquel momento.

Una cruz de hierro clavada sobre la puerta me hizo comprender que aquello era el cementerio, y siguiendo mi costumbre entré en el sagrado recinto.

Allí no era probable que encontrase el nombre de ningún conocido, porque no recordaba haber tratado nunca á nadie que fuese vecino de Carabanchel Alto.

Sin embargo encontré cuatro.

Al lado de la puerta de entrada, don Perfecto Arnaiz, gobernador que fué de varias provincias; poco más allá Javier de Ramírez, un periodista de no escaso talento, grande amigo de Castelar, á quien la exaltación política de los años 65 y 66 llevó á la cárcel por delito de imprenta y que salió del Saladero después de un año de prisión, para ser al poco tiempo recluido como demente; no muy lejos un compañero de la infancia, que también murió loco.

Pero lo que más me sorprendió, porque estaba muy lejos de imaginarlo, fué encontrar entre cientos de nombres desconocidos, una lápida situada á la derecha de la capilla con esta inscripción:

A LA MEMORIA

DE

CAROLINA SANTONI

SUS SOBRINOS

¡CAROLINA SANTONI! Una actriz italiana de mucho talento que vino á Madrid en la primavera de 1861 y alcanzó grandes aplausos en el que hoy se llama Español y entonces llevaba el nombre de Teatro del Príncipe.

No tenía la Santoni aquella corrección clásica que admiraba en la Ristori. Podía representar la tragedia, porque era artista de inspiración, educada en la escuela de Módena y muy capaz de llegar á las más altas cimas del

arte. Pero representando la tragedia no estaba en su elemento. Comprendía á Fedra y á Medea, pero su manera de sentir, su temperamento artístico y hasta su declamación, despojada de todo énfasis, la hacían poco á propósito para calzar el coturno. Cuando vino á Madrid al frente de una compañía, era ya una mujer de cuarenta y tantos años. Tenía rostro expresivo, sin ser bello, y figura que debía haber sido buena, pero que iba perdiendo la esbeltez, como sucede á casi todas las mujeres en la edad madura. En suma, físicamente considerada, era una jamona de buen ver y nada más. Un compañero de redacción de *El Diario Español*, que á la sazón desempeñaba cierto consulado en Italia, me la recomendó por medio de una carta. La hice una visita en la fonda donde se alojaba y varias en su cuarto del teatro, y pude comprender desde luego que tenía un talento clarísimo y una cultura intelectual poco común.

He dicho que la tragedia no era su género. En la comedia estaba admirable, y en el drama moderno de grandes efectos llegaba á rayar en lo sublime. Apasionada por las comedias de Goldoni, que viene á ser un Moratín italiano, las representaba con singular acierto, prueba evidente de un detenido estudio. Mas lo que nunca olvidaré es su manera de ejecutar dos melodramas, que si no se recomiendan por su mérito literario, tienen la ventaja de interesar y conmover al público, sin apelar á recursos de mala ley ni halagar las malas pasiones. Llámase el uno *Los dos sargentos franceses en el cordón sanitario*, y se intitula el otro *Marta Giovanna*. ¡Qué naturalidad, qué corrección, qué lujo de detalles, qué lágrimas tan verdaderas, qué actitudes tan nobles en medio de ser tan sencillas!

¿Y cómo murió en Carabanchel aquella mujer? Lo ignoro. He preguntado á algunos vecinos del pueblo y nadie me ha dado razón de ella. Muchas veces la oí decir que se había enamorado de España y que la gustaría quedarse aquí, mas ignoraba que hubiese realizado su propósito.

Pero me había propuesto trazar la silueta de Carolina Civili y hasta ahora no he hablado más que de Carolina Santoni. La cosa no es tan descabellada como á primera vista parece, porque si la primera llegó á ser una actriz española, esto se debe probablemente á los consejos de la segunda.

Los sobrinos que habían dedicado una lápida á la memoria de la Santoni no podían ser otros que la Civili y su marido.

La Santoni, que era grande admiradora de nuestro teatro, decía muchas veces que envidiaba á las actrices españolas, porque los autores les dan hecho casi todo el trabajo. «Los escritores extranjeros, principalmente los franceses, añadía, no se cuidan más que del conjunto, y nosotros tenemos que buscar el éxito en un movimiento de pasión, en un detalle, en cualquier accidente de la obra; pero ustedes escriben parlamentos largos en versos hermosos y sonoros y todo el que sepa decirlos encontrará el aplauso sin gran esfuerzo.» Y cuando hablaba de esto, lamentaba que su edad no la consintiera consagrarse á aprender nuestro idioma y declamar nuestras obras.

Lo que no pudo hacer Carolina Santoni lo hizo Carolina Civili, quizás influída por los consejos de aquélla.

Un año después que la primera vino á España la segunda, también figurando al frente de una compañía italiana.

La Civili no era ni con mucho lo que su tía. Conocía los secretos del arte, como lo conocen casi todos los actores italianos, y podía figurar muy dignamente como primera

actriz en una buena compañía. Pero nada más. No sabemos si acarició alguna vez la ilusión de brillar en el teatro como astro de primera magnitud. En todo caso no tenía condiciones para conseguirlo. La faltaba ese *quid divinum* de la inspiración que separa al genio del talento. En cambio reunía todas las condiciones físicas que hacen triunfar en el teatro, sobre todo á las mujeres. Podría tener unos veinticinco años cuando vino á España. Los que juzguen de ella por el único retrato que hoy se conserva, y es el que figura en este número, pueden decir que no la han conocido.

Era una mujer hermosísima. Blanca como la nieve, con abundante cabellera de oro y unos ojos azules muy oscuros llenos de expresión y de fuego; su rostro, un poco ovalado cortado por una nariz de perfil griego y una boca pequeña, á la que daban cierta expresión de sensualidad los labios rojos y un tanto abultados, resultaba muy interesante. Recuerdo que en aquella época se reía mucho, tanto sin duda por la natural alegría de la juventud, como por mostrar dos filas de dientes iguales, pequeños y blancísimos. ¡Pobre mujer! En su vida debe de haber derramado muchas lágrimas, en triste compensación de aquellas risas juveniles. De elevada estatura y formas esculturales, tenía un ademán noble y majestuoso que la hacía parecer una reina. Al presentarse por primera vez en escena, lo primero que producía era un murmullo de admiración. El aplauso de cortesía con que el público suele recibir algunas veces á las celebridades desconocidas se lo otorgaban los hombres en aquel tiempo á la Civili de muy buen grado. El triunfo de la mujer era indiscutible.

Esto, por más que algunos digan, es una gran cosa. Ciertamente un artista, hombre ó mujer, puede conquistar el aplauso, siendo feo y en rigor hasta siendo deformé, pero la verdad es que tendrá que vencer muchas más dificultades que otro, empezando por la de su fealdad. He oído contar de un barítono notablemente feo, que al presentarse por primera vez en un teatro de Barcelona, viendo que el público se reía de su figura, tuvo la serenidad de adelantarse á la batería de luces y decir en italiano: «Señores, yo vengo aquí para que me oigan y no para que me vean.» Esto es muy ingenioso y revela grande aplomo y no poca confianza en las dotes de artista, pero no es enteramente exacto. El actor, como el cantante dramático, se presenta en escena para que le vean y le oigan, por eso tiene que cuidar de su traje y de todos los accidentes externos. Don Juan Tenorio jorobado ó Aida con muletas harían reir, y por muy bien que el uno declamase ó cantase la otra, sería difícil que el espectador se convenciera de que el amor del primero había recorrido toda la escala social, ni de que la segunda hubiera subyugado á Radamés hasta el punto de hacerle traidor á su patria y morir en castigo de su crimen.

La Civili no tenía que temer estos peligros. Como antes he dicho, y recuerdan cuantos la vieron en su juventud, era notablemente hermosa, y desde que aparecía sobre el tablado, todos quedaban convencidos, sin más que abrir los ojos, de que podía inspirar grandes pasiones, que es generalmente el papel que toca á la dama en la mayor parte de las obras dramáticas.

Tenía, además, el órgano vocal más privilegiado que he conocido. Su voz sonora y armoniosa atesoraba todos los registros, y unas veces dulce y suave como una caricia, otras amenazadora y terrible como el trueno, parecía hecho de encargo para expresar todos los afectos, todos los sentimientos, todas las pasiones.

Al presentarse en Madrid con su compañía italiana

fué bien recibida, pero sin lograr el entusiasmo que habían excitado la Ristori y la Santoni. La verdad es que no estaba á su altura. Mas ella venía sin duda resuelta á ser actriz española, y dotada de una facilidad maravillosa para los idiomas, pues hablaba á la perfección dos ó tres, cosa rara en los italianos, logró en poco tiempo dominar el nuestro, y á los dos meses de haber venido á España, representó en castellano una pieza en un acto, intitulada *La casa de campo*. Cada uno de los tres ó cuatro tipos que tenía que representar en esta comedia fué para la Civili un triunfo. El teatro se llenó por espacio de treinta ó cuarenta noches. Aquel éxito decidió de su porvenir y casi puede decirse que fué el comienzo de su calvario.

Los empresarios de nuestros teatros de primer orden, nunca contaron con ella, á pesar de que en muchas ocasiones se vieron en la necesidad de contratar medianías, muy inferiores á la pobre artista italiana. Quizás haya contribuído á esta injusta preterición, la circunstancia de que contrajo matrimonio con un cómico subalterno y tuviera la pretensión, frecuente en las artistas, de que contrata al marido el que ajusta á la mujer. En este caso es posible que los directores perdonasen el bollo por el coscorrón. Esta no pasa de ser una conjeta.

Lo cierto es que Carolina Civili comenzó á recorrer los teatros de provincia, y no los más principales, al frente de compañías que muchas de ellas no merecían ni siquiera el nombre de piquetes.

La última vez que la ví fué en Barcelona. Representaba en un teatro del paseo de Gracia, *El gladiador de Rávena*, una tragedia en un acto que el insigne Echegaray había escrito expresamente para ella.

Se encontraba ya en la edad madura. Había engordado mucho y su belleza desaparecía rápidamente. En cuanto á sus ilusiones artísticas es seguro que se habrían desvanecido mucho antes que su belleza.

No volví á oír hablar de ella hasta que supe por los periódicos que, después de larga y dolorosa enfermedad, había fallecido en una casa de salud, poco menos que en un hospital.

¡Pobre Carolina Civili! Amó mucho á España y España se mostró con ella poco agradecida. Bien merece que consagremos un recuerdo á su memoria. ¡Dios la tenga en su seno!

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

La caridad y la gratitud

Si me presta sus favores
precisa y fiel la memoria,
voy á contaros la historia
de un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,
y ganó mi corazón;
pero prestadme atención;
la historia comienza así:

Por la rápida pendiente
de una montaña sombría,
un débil arroyo huía
de la furia de un torrente.

Despeñábbase violento,
y con rapidez tan suma,
que convertido en espuma
iba en las alas del viento.

De tan penoso camino
el pobre arroyo cansado,
llegó á la margen de un prado
de la montaña vecino,

donde en diversos colores
alzando sus sueltos talles,
formaban listas y calles,
mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera
detuvo, formó un remanso,
y apenas tomó descanso,
murmuró de esta manera:

«—¡Triste de mí! Mal intento
salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
y sigue audaz y violento.

»Y entre sus ondas oscuras,
por breñas y peñascas,
turbios irán mis cristales,
perdidas sus ondas puras.

»En vano de la montaña
abandono el seno inculto...
¡En dónde, en dónde me oculto
de su poderosa saña!»

Calló el arroyo, y sentido,
dice la historia, y pausado,
por los recintos del prado
se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,
doblando los sueltos talles,
abrieron sus mansas calles
mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
del arroyo y las congojas;
unieron sus verdes hojas
para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,
y llorando de ternura,
se ocultó entre la espesura
que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
cuando silencio reclama,
se tendió la verde grama
para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
salvó su clara corriente
de la furia del torrente
entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,
recuerda bien mi memoria
que haciendo punto la historia,
de esta manera prosigue:

Viéronse desde este día
á las bienhechoras flores
lucir más bellos colores,
más pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
eran, y tanto admiraban,
que de muy lejos llegaban
por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
su corriente tan serena;
y ellas murieran de pena
sin su dulce compañía.

JOSÉ SELGAS. (1)

(1) Don José Selgas y Carrasco nació en Murcia al año 1824. Hizo sus primeros estudios en el Seminario Conciliar de San Fulgencio; mas hubo de abandonarlos pronto para atender á las necesidades de su familia. El conde de San Luis le llamó á la Corte nombrándole auxiliar del Ministerio de la Gobernación. Rehusó los cargos políticos, y sólo por excepción desempeñó la Secretaría de la Presidencia del Consejo en el gabinete presidido por el general Martínez de Campos. Fue uno de los principales redactores del famoso *Padre Cobos*, y se distinguió por su ingenio en otras publicaciones periódicas. Sus poesías le han dado renombre merecido. Era individuo de la Academia Española cuando falleció en Madrid el 5 de Febrero de 1882.

El mantón de Manila



I

N señor que habitaba realquilado en un tercer piso de la calle del Amparo, y á quien las vecinas daban el Don porque tuvo en tiempos una fortuna, se deshacía de un mantón de Manila, suntuosa prenda del vestuario que perteneció á su difunta consorte.

¡Vaya una tentación! Setenta y cinco duros pedía el hombre por aquel pañuelo, obra magnífica, que así valía á derecha ley sus cuatro mil reales, como es luz del sol la que nos alumbra á todos.

Se había corrido la voz, acudiendo sin tardanza todas las capacidades del barrio á conocer y justipreciar la prenda; y no existía moza de gusto en la calle del Amparo y dominios adyacentes, que no se supiera de memoria los pelos y señales de aquella resplandeciente labor de flores, ramos y pájaros que campeaban esparcidos como en un carmen granadino, sobre la cuadrada tela de suavísimo color melado, muy fino y muy señoril. Luego venía ciñendo aquel paraíso de colorines, una malla de menudo tejido, tan primoroso como de encaje, no menos ancha de una cuarta, y descolgábase en seguida el larguísimo fleco, movedizo como polvo de oro, tupido como un plumaje, sembrado de visos y matices como una aureola fantástica.

Allí estaba el soberbio ejemplar tentando las miradas y los corazones, extendido sobre la cama angosta del viudo solitario. Pero ¿quién disponía de aquel dineral; ¡setenta y cinco duros! para llegar á convertir el apetito en posesión?

Filomena había subido veinte veces á extasiarse ante aquellos primores, y ni ella ni su novio, que también había subido, acertaban á hablar de otra cosa en sus coloquios de día y noche. A ella, le revoloteaban sin cesar dentro de la cabeza los pajaritos bordados de copete rojo y larga cola, que decoraban el fondo del pañolón; y á él, que estaba embelesado con la hermosura de su novia y que se moría por llevarla adonde la admirases y le tuvieras á él envidia, deshaciésele el corazón con el afán de poder colgar en los hombros de Filomena aquel adorno que en ella reclamaba el cuerpo gentilísimo con tanto imperio como su pensamiento codicioso.

—¡Quién me lo diera! decía la muchacha. Verías tú con qué gracia me envolvía en él, y con qué orgullo nos íbamos á las verbenas, y á San Isidro, y á la Cara de Dios la mañana del Viernes Santo.

Luego paraba el vuelo, y añadía poniendo una mueca: —Pero ¡si no puede ser!

A Manolo, cuando la oía, se le metía esta frase por el cuerpo adentro, lo mismo que un áspid, y le moría en las entrañas. ¡Claro que no podía ser! ¡Toma!... Pues si pudiéra, ¿quién habría de pavonearse con aquel atavío más que ella, la rubia de su alma, que le tenía perdido?

Muchas veces, al regresar de la Bombilla ó de las Ventas, ó al salir para ver una pieza en Apolo ó para tomar un refrigerio en el Sótano H., la chica decía repentinamente á su galán enamorado:

—¿Quieres que subamos á ver el mantón?

Subían, y Filomena lo desplegaba, lo ponía en sus espaldas, se lo ceñía al talle gallardo y ondulante, echándose una punta al hombro con una arrogancia de princesa real, asomaba las pulidas manos de trabajadora en blanco por entre las espesuras del fleco y recorría la habitación sintiéndose en el alma una mezcla agridulce de alegrías y desconsuelos.

A todo eso no se presentaba un comprador, y el pañuelo permanecía expuesto sobre la cama del viudo, como si no tuviera más destino que recrear los orgullos momentáneos y atizar las codicias de la rubia encaprichada, que ya iba considerando la prenda como cosa propia.

No hay calma, sin embargo, que mucho dure, y un día se supo que cierto pintor de cuadros, con hotel propio y taller abierto, andaba con regateos con el viudo para comprar el pañolón. ¡Ahora sí que se perdía toda esperanza!... ¡Qué lástima!... Pero ¡si tampoco había de poder ser!

—¡Pues ahora es cuando yo te digo que será! exclamó *Manolo en un rapto. El mantón va á ser tuyo, y con él irás este Carnaval á la Alhambra á llevarte el premio en el baile de los mantones.*

—¿Cómo va á ser eso, Manolo mío?...

—Porque tendré el dinero.

¡Ya se ve! El dinero, y más que fuera menester, estaba en los cajones de la Lonja del Azafrán, histórico y poderoso establecimiento de la Cava Baja, donde Manolo tenía su empleo de oficial cuarto ó quinto. Aquello era comercio, casa de cambio, banca, casa de depósitos, y se traspataba la plata como si fuera trigo. Nada más á la mano para un factor algo metido en el trajín, que entretener una cuenta ó tirar de una gaveta, y hacerse de momento con la friolera que conviniese para cualquier apuro.

Manolo tenía el propósito de volver íntegramente á su sitio la cantidad. ¿No había de volverla? En su cabeza se habría encontrado ese pensamiento enclavado en los sesos, agarrado, y entero y fuerte como un pedazo de hormigón. Por lo que hace á la seguridad de realizarlo, ¿qué duda cabía? Buenas manos y buena diligencia le había dado Dios al mozo para avanzar aquellos cuartos en poco tiempo. Sobre que apuradamente no le faltaban relaciones que no le dejarían perder; y en último término, hay en Madrid ruletas y mesas de monte y golfo, donde en un dos por tres se convierte en fortunón un billete de cinco duros.

Filomena tuvo, pues, su mantón de Manila en plena propiedad, con derecho de usar y abusar de él. Dióse tono con la compra entre las solteras y señoritas del barrio, y saboreó el gustazo de dejar sin la prenda al pintor de cuadros, que precisamente iba con la suma dispuesta en el instante que la gentil muchacha se rebullía loca de gozo bajo los pliegues del pañolón y se disponía á sacarlo de la casa del viudo. Y fué azar que debió de disponer el diablo, que en aquel momento, en que hueco y embelesado estaba Manolo contemplando á su rubia querida, hubo de sentir el primer despecho por aquella hermosura que él engalanaba; porque el pintor, nada dolido de que se le escapase el pañuelo, y agrado, como artista de buena madera, del garbo con que Filomena ostentaba su trofeo, le propinó unos cuantos piropos de los que arden, que, en efecto, como tizones fueron á caer en el alma celosa y avarienta del factor enamorado.

—¿Cómo te ha requebrado ese pintamonas!

—Déjalo. Valiente caso hago yo de las flores de los señoritos.

Ya no se le cocía á la costurerilla el bollo mientras no

hallaba una ocasión tras otra de sacar á la luz el famoso regalo. Convidóse á una boda, para ostentarlo en la sacristía y en el merendero; sacó á un niño de pila, ganosa de deslumbrar hasta al sacristán y á los monaguillos; fué á los toros, á las romerías, á giras y á saraos; y cuando vino el Carnaval y se anunció en la Alhambra el baile de las modistas con el bullicioso y desenvuelto concurso de mantones que lo ilustra todos los años, allá se fué la muchacha desvanecida y locuela, colgada del brazo de su hortera de la Cava Baja; y allí mostró, subida en la picota alfombrada del escenario, bañándose y removiéndose en un Océano de luz, respirando el ambiente cálido y espeso de la bacanal, su cuerpo, ramillete de encantos, su cara de jazmines y amapolas, y su mantón faustuoso, al cual fué concedido el premio de la victoria entre la nube de floripondios que subieron á sostener el certamen.

Un triunfo colosal, tempestuoso; se encendían y estallaban en el aire los requiebros. Y era cosa fuerte, que del pañuelo dichoso, tan codiciado y á tan dura costa obtenido, habían de venirle á Manolo todas las desazones celosas, pues al mirar á Filomena encaramada en el proscenio, apedreada á piropos, revuelta entre el hervor de los entusiasmos, azotada por las olas de la licencia embravecida, el pobre muchacho volvió á sentir las punzadas en el corazón, y llegándose rabioso al pie de las tablas, de un recio tirón descompuso los pliegues del pañuelo laureado, diciendo á Filomena en un grito ronco y descompuesto:

—¡Bájate de ahí!... ¡Baja en seguida!

La traidora avispa quedó desde aquel instante zumbando y picando en el pecho del infeliz Manolo. Aquel espectáculo de admiraciones y arrebatos le puso la sangre fiera, y ya no hubo día sin celos, ni conversación sin quejas, ni ausencia sin acecho; que á todas horas tenía el cuidado que le robasen aquella joya que era suya, ó siquiera que se acercase algún osado á empañarla con el hálito de su codicia. Y era positivamente el demonio quien había hecho saltar en el pobre novio la chispa de aquel incendio; porque la sospecha, y el afán de velar, y la cólera sorda le entraron á aquél tan á deshora, como que por no haberle sido posible restituir el dinero que sustrajo un día, en la Lonja del Azafrán se descubrió el hurto, y dos guardias del orden fueron por el desdichado, y con un auto del juez le llevaron al *Abanico*, en una de cuyas celdas dejaronle encerrado, lejos de Filomena y en compañía de sus celos, envidias y desesperaciones.

II

La costurerilla, aterrada, no pensó en volver á lucir el mantón de Manila. Guardábalo en el cajón primero de su cómoda, y lo contemplaba á solas, todavía con ojos caricosos y deslumbrados. No sospechaba que aquella prenda, objeto de sus antojos, hubiese sido la causa de la mala acción de su pobre amante. Comprendía, sí, que lo que éste había querido regalarla en los restaurants, en los bailes y en los teatros, era el origen de aquella malandanza en que ambos se veían; pero sobre la magnificencia y esplendor del pañolón adorado no echaba ella ni aun la sombra de la más tenue mancha.

Ni por soñación pudo ocurrírsele abandonar á su preso, al cual quería con ternura, y desde entonces con abnegación generosa. Iba á verle al locutorio de la cárcel y siempre dejaba para él las pocas pesetas que podía reunir á fuerza de cercenar su salario y vendiendo ó empeñando lo que tenía en su casa. La ropita aseada y rumbosa que siempre había lucido iba poniéndose raida y deformada.

El preso se lo decía, en el locutorio, los días de comunicación:

—Ya te he dicho que no quiero que por mí te castigues.

Pero ella seguía estrechándose, y empeñando, y vendiendo, porque en la cárcel había que pagar puntualmente, y Manolo no podía estar allí como si no tuviese en el mundo quien le quisiera.

Le había mandado colocar en una celda de pago.

Además le llevaba cajetillas, puros de los escogidos, ropa blanca, pasteles, y hasta calzado.

El gasto era terrible, y ya no le quedaba á la pobrecita más recurso que el mantón de Manila, allá, envuelto en papeles de seda, muy recogido y muy bien doblado. Resuelta estaba á venderlo, pero á lo último. ¡Le dolía tanto! Dejábalo como su postrer sacrificio, para la más rigurosa necesidad; la cual llegó sin falta y á paso de ataque. ¿No había de llegar? ¡Claro que llegó!

Ya sabía Filomena quién le compraría el mantón. ¡Como que iba á tenerlo extendido sobre la cama un mes ó dos, muerto de risa, según había pasado con el señor viudo de marras! El negocio traía urgencia, y cuando llegó la ocasión cogió el envoltorio llena de valentía, soñando duelos, reprimiendo lágrimas, y encaminóse derecha á un hotel del barrio de Monasterio, cerca del Hipódromo, donde tenía un taller puesto el pintor de cuadros, aquél que deseó el pañuelo y se quedó sin él.

—¿Quiere usted aquel mantón?

—¡Hola! ¡ya lo vendemos!... Pues ahora no me hace falta.

La chica tembló, sintiésc la sangre helada, mas no dió un paso atrás. El apremio era mortal; Manolo esperaba detrás de la reja del *Abanico*. Porfió, rogó con vivísima instancia; puso en juego toda su habitual desenvoltura.

—¡Ea! era necesario que el señorito le comprase el pañuelo. Setenta duros... sesenta y cinco... sesenta; menos de lo que había costado. ¡Qué suerte tenía el señorito!... ¿No estaba viendo qué prodigo de mantón?... ¡Y qué ganga al mismo tiempo!... Además, ¡qué bien luciría en aquella sala donde se juntaba tanto boato, tanta balumba de trastos ricos, tanta bendición de cosas bonitas: cascós, corazas, trajes, tapices, cuadros de media legua, baúles de marfil, alacenas de concha y nácar.

—Mire usted, aquí en este sitio, entre las dos ventanas, aquí lo pondría yo colgado, como un dosel, que sería una hermosura.

La moza acababa de acertar; por inspiración natural habíase subido á la escalera con ruedas, y levantando el pañolón extendido con las dos manos lo aplicaba al entrepaño, en medio de las dos ventanas, dejándolo prendido por el fleco, á dos clavos que sostenían grupos de pandretas, abanicos, peinias, moñas y banderillas. ¡Muy bien! El mantón pendía en pliegues desiguales y artísticos; en su tela bordada trazó sombras y encendió destellos la luz serena y cernida que entraba por la vidriera del Norte.

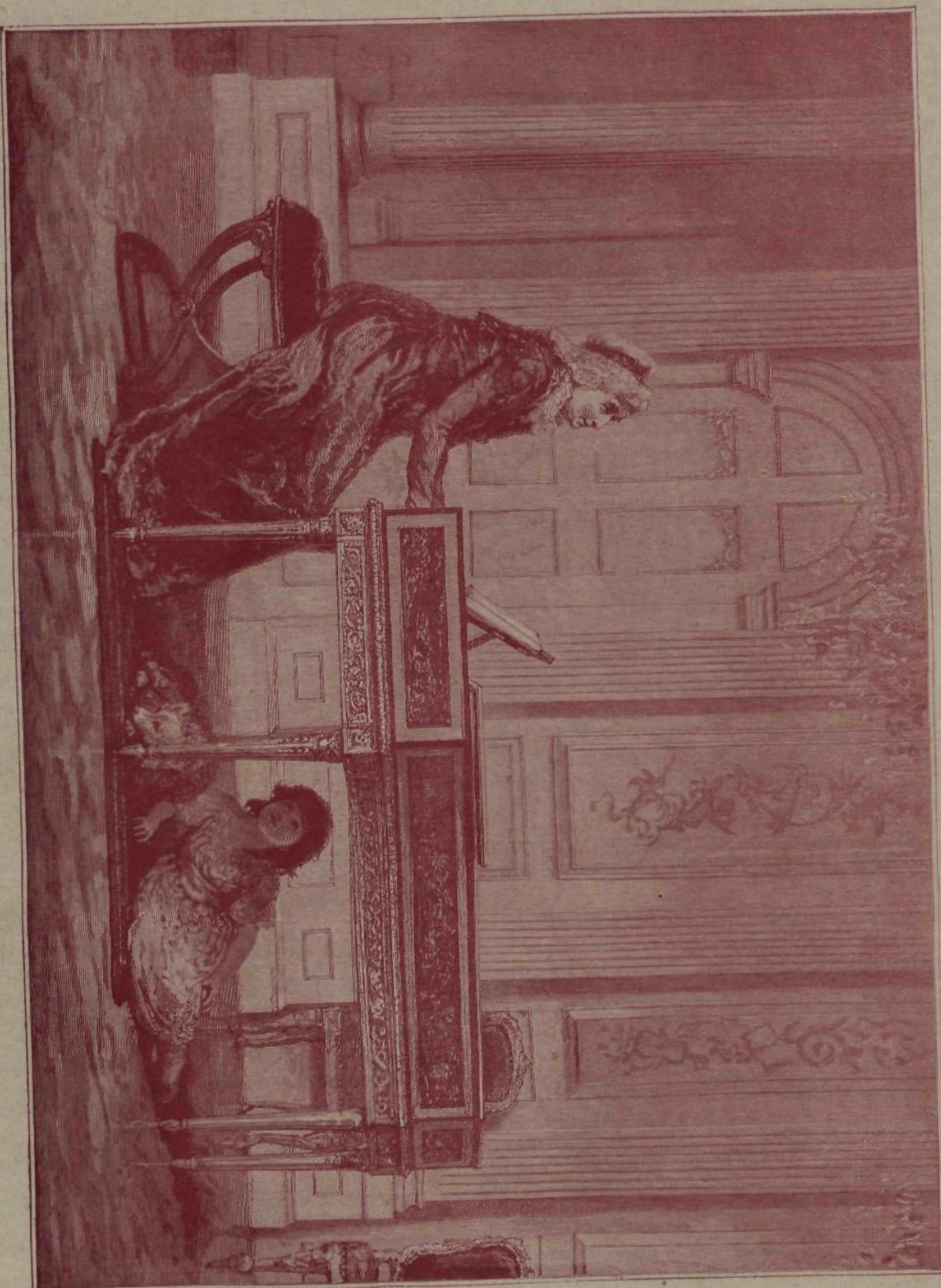
—¡Bravo, chiquilla! Deja el mantón donde lo has puesto.

Filomena se marchaba ya, muy satisfecha con su dinero, cuando la detuvo una voz del artista.

—Oye; vuelve acá. ¿Y cuándo se concluyen los cuartos del mantón?

—Ya no me queda más que vender.

—La costura no da para tu gasto. ¿Quieres ganarte un dinerillo?... Mira el lienzo que estoy pintando. Es para el techo del gran salón de un palacio. Ahí tienes: la huída de la Noche perseguida por la Aurora. Esta morena de



LA PEQUEÑA AURORA Y SU ABUELA.—CUADRO DE MISS ELLEN G. HILL



ROCAS LLAMADAS FARAGLIONI, CERCA DE LA ISLA DE CAPRI. — CUADRO DE AUGUSTO LEU

carnes tostadas que vuelve la espalda, es la noche que aprieta á correr. ¿Ves? Por este lado debe presentarse la Aurora. ¿Quieres servirme de modelo? Tú, tan rubia, tan blanca, tan fresca y tan gallarda, me servirías á maravilla. ¿Quieres que te copie? Serás la Aurora y te pagaré bien.

—¿Que me copie usted?... Pero ¿así... desnuda, como á la morena?

—Por supuesto.

—¡No, señor!

Giró en seco sobre sus tacones y se marchó del taller dando un portazo. ¡Servir de modelo! Ya sabía ella algo de ese oficio; trataba á varias bellezas alquilonas, individuos del ramo. Ella, no; ella, nunca. Aunque pereciesen de hambre Manolo en su celda, y ella en su guardilla. Así se mantuvo firme, en tanto que de los duros del pañuelón quedaron algunas pesetas. Después... su preso iba á quedarse descalzo, tendría que comer el rancho, le faltaba todo, el regalo y el abrigo, la comodidad y el alimento...

Filomena se presentó valerosamente en el taller del Hipódromo.

—¡Aquí me tiene usted!

El pintor ya había buscado otra Aurora, y allí estaba reproducida en el lienzo; pero no le hacía; Filomena le gustaba más, su rubio era más dorado, su blancura más transparente, su persona más soberbia. Aquella era una Aurora con más luz. Pasó la brocha por encima de lo pintado y la hermosa costurerilla, después de haberse ocultado en un rincón, detrás del biombo japonés, apareció dispuesta para el sacrificio, subió á la tarima frente al caballete, se soltó el cabello y tomó actitud para que la copiase el artista como á la otra del cuadro, la Noche que huía, la de las carnes morenas.

Allí siguió soportando todas las mañanas aquel suplicio, de pie sobre el tablado, su cuerpo en exposición, mortificada y corrida, sin que á nadie contara aquel pesar, ni diera el menor indicio por donde lo sospechase la gente con quien tenía trato.

Ello no obstante, algún vientecillo sopón debió de moverse, porque no tardó mucho la pobre chica á sentirse rodeada de zozobras y pesadumbres.

Un día en el locutorio, le dijo el preso:

—Dime; ¿y qué haces por ahí fuera?

—Lo de siempre... Pues trabajar mucho y aguardar la hora de venir á verte.

Desvió la conversación con monerías cariñosas, pero la pregunta de Manolo pareció que quedaba enredada entre las mallas del enrejado, porque á cada dos ó tres conferencias, Filomena volvía á oirla zumbar.

—¿Qué haces por ahí fuera?

—Déjalo, contestó por fin, cuando iban ya treinta veces. No te importa. Nada hago que deba tenerte con sobresalto.

Otro día:

—¿Sabes lo que han venido á decirme? Que te has hecho amiga de un pintamonas.

—Dí que es mentira.

Más adelante los informes de Manolo fueron más cabales: que ella se veía con el pintamonas, que iba á su

casa, que eso es por la mañana... Toda la historia convertida en lío. Aquella música fatal de suspicacia y recelos iba aumentando, aumentando, y ensordecía á la atribulada muchacha. Todos los días una queja más, y cada día más fiera, más empozoñada, más amenazadora.

—¡Mentira, mentira!... repetía ella. Yo no te engaño.

—Es que si me engañas... Yo saldré de aquí, y entonces sí que sería perdición la tuya y la mía.

—¿Y cuándo sales? preguntaba Filomena.

—Todavía falta. Es una cuenta esta que no entiendo.

No; Manolo tenía su cuenta muy bien echada y la llevaba como por los granos de un rosario. Pero se la escondía á su novia, y con el enredo de los días que le desquitaban y el de los que le añadían por la prisión spletoria de la multa, armaba una trabacuenta con la que tenía á su novia desorientada.

Él sabía muy bien cuándo le tocaba salir á la calle; pero allá, en la soledad del calabozo, en sus horas largas, eternas, de celos impacientes, había trazado el plan de trasponer la puerta de la cárcel cauteloso y furtivo como si huyese de ella. Salir... salir, y dedicar su primera hora de libertad á la caza de pruebas que justificasen sus desconfianzas ó las extinguiesen.

Llegó el día.

La vaharada de aire libre que respiró el hortera al ponerse en la vía pública, le embraveció despertándole aientos de agresión y venganza. No se entretenía en dudar; consideraba cierta la traición hecha á sus amores, y se dirigió rectamente, á paso rápido, hacia la barriada del Hipódromo. Ya iba armado; en la misma cárcel compró el cuchillo. Guióle el instinto, la lucidez funesta de su coraje, y no erró la casa. Aquella era; la misma en que él se metió.

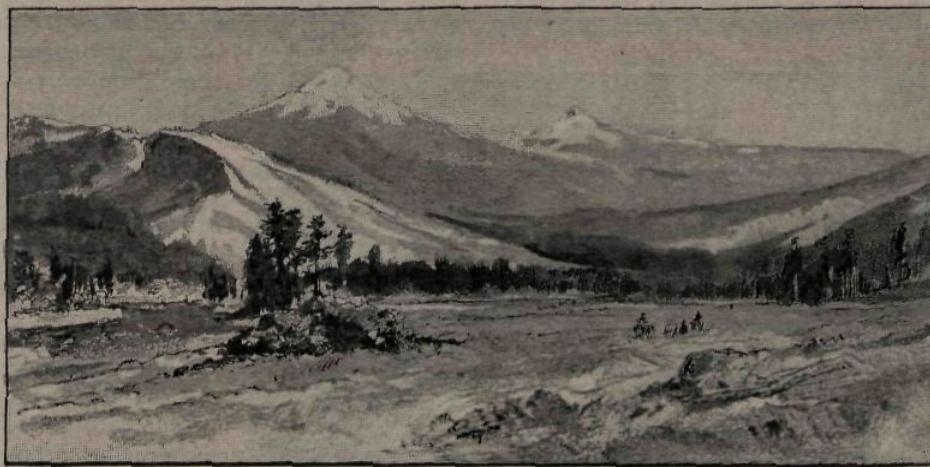
Filomena lanzó un alarido desesperado al verle súbitamente presentarse en la puerta del taller, y corrió desparvada á refugiarse detrás del biombo. Pero su amante ya la había visto en el centro del salón, abandonada, patente, denunciándose toda entera, en medio de la clara luz, á los ojos de un hombre, del enemigo, del pintamonas. Arrojóse tras de ella, blandiendo el hierro, y en el rincón del biombo sonó un rujido, luego un lamento de agonía; y cuando el dueño del taller acudió prestamente á sujetar al insensato, y logró reducirle, y le desarmó, Filomena con el pecho hendido y las carnes rojas salía tambaleándose, extendidos los brazos, y caía desplomada en el centro de la estancia, al lado de la tarima, frente al cuadro que la retrataba hermosa y fresca, personificando la Aurora.

El asesino huyó, y el artista, para tapar la desnudez ya sagrada de la modelo muerta, buscó un paño cualquiera. Allí, en la entreventana pendía el mantón. Tiró de él, y tendiólo sobre el cuerpo inanimado.

Al presentarse los hombres negros, el juez, el escribano y el alguacil, hallaron el cadáver protegido por aquel lienzo sembrado de aves y rosas. La envolvieron en él para trasladarla al depósito, y así fué como el mantón de Manila vino á ser el sudario de la pobre Filomena.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Febrero, 1893.



Las grandes praderas del Tuolumne y los montes Dana y Gibbs
(Vista tomada desde las cercanías de las fuentes Soda)

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

DETALLES DEL PROYECTADO PARQUE NACIONAL YOSEMITA

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

El valle del Tuolumne superior es el más espacioso y ameno de la alta sierra al par que el menos quebrado y fragoso. Unido al Yosemita por dos buenos caminos y á las naciones civilizadas por una excelente carretera que va desde el Yosemita al monte Hoffman, es el más accesible de todos. Hállase situado en el corazón de la sierra, á una altura de 8,500 á 9,000 pies sobre el nivel del mar y á menos de diez millas del límite Nordeste de los terrenos reservados del Yosemita. Confina al Suroeste con la cenicienta, dentellada y pintoresca cordillera de la Catedral, que extiende hacia el Sureste, desde el pico de la Catedral hasta los montes Lyell y Pitter, las cumbres culminantes de la gran masa de montañas nevadas que forman la llamada corona de la sierra; al Noreste por una parecida cordillera ó estribación cuya cima más elevada es el monte Conness; al Este por los majestuosos montes Dana, Gibbs, Orde y otros en el eje de la cordillera principal, y al Oeste, por las undosas peñas sobre las cuales descuellan las riscosas masas del ya citado monte Hoffman. En el fondo y al través de la llanura bañada por el sol, corre el cristalino Tuolumne, refrescado por las fuentes que manan en las escondidas soledades de las alturas, sobre todo al Norte del monte Lyell y el monte Mac Clure.

A lo largo del río hay una serie de hermosas praderas que se extienden casi sin interrupción del uno al otro extremo del valle, ocupando un espacio de doce millas y formando una suave pendiente al pie de las majestuosas montañas que parecen contemplarlas desde las serenas alturas donde se esconden sus picos entre las nubes. Cruzan de parte á parte la alfombra de los prados unas estrechas fajas de pinos, y de cuando en cuando encuértranse tupidas arboledas, grandes peñascos procedentes de antiguos ventisqueros y troncos de árboles despeñados de las

cumbres por el derrumbamiento de los aludes; pero en algunos puntos, el terreno es tan llano y despojado que puede pasear por él de frente un centenar de jinetes.

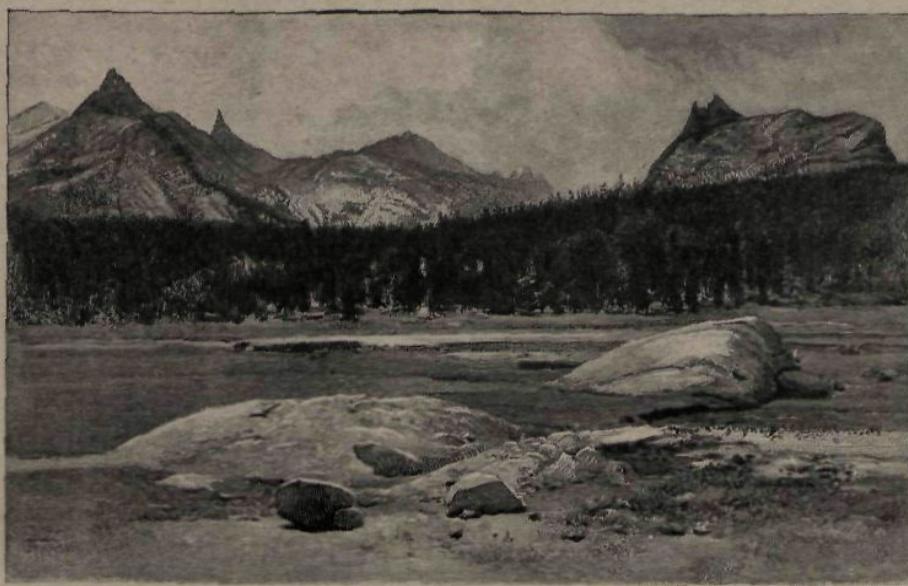
La sección inferior de la región principal de las praderas tiene unas cuatro millas de largo y cerca de media milla de ancho; mas por término medio la anchura del valle es de unas ocho millas. Siguiendo el curso del río, encontramos que se bifurca una milla más arriba de las fuentes Soda, que están situadas en la margen izquierda, frente al camino de la Catedral, dirigiéndose el brazo mayor hacia el Sur, en dirección al monte Lyell y el otro hacia el Este, donde están los montes Dana y Gibbs. Uno y otro tienen las riberas cubiertas por la alfombra del prado. Sus secciones más hermosas se extienden sobre unas cuencas lacustres que las aguas del río han ido paulatinamente llenando. Aún existen algunos de estos lagos, que por cierto son de escasa profundidad y parecen próximos á secarse. El musgo que alfombra el suelo es extraordinariamente bello y sedoso, sin malas hierbas ni zarzas y esmaltado por un sinnúmero de preciosas florecillas, entre las cuales abundan especialmente las pequeñas margaritas, las ivas y las rosadas campanillas de los diminutos jacintos. En las márgenes del río y de sus tributarios se encuentran casiopeas y bryantus en unos parajes en donde el musgo forma rizados relieves y junto á las eminencias formadas por el amontonamiento de los guijarros. La hierba que más abunda en estas praderas es una delicada calamagrostis de hojas muy finas. Cuando está en flor no parece sino que el suelo se halla cubierto de una niebla de color de púrpura bajo. Los tallos de las espiguetas formadas por aquellas florecillas silvestres son tan delgados, que casi llegan á hacerse invisibles y al pisarlos no se advierte su existencia.

A lo largo de los lindes de las praderas, debajo de los pinares y al través de la mayor parte del valle, crecen en

pueden hacerse, á saber, á las cumbres de los montes Dana y Lyell; al lago Mono y á los volcanes, atravesando el Cañón Sangriento, y al gran Cañón Tuolumne, hasta el pie de las grandes cascadas. Todas estas excursiones son magníficas y fecundas en sorpresas por todo extremo agradables; pero quizá no hay ninguna que produzca en el ánimo un embeleso comparable al que se experimenta errando por las márgenes del río cubiertas de la aterciopelada alfombra de la pradera, compartiendo la luz y el puro ambiente con los árboles y las montañas y participando de la calma de la naturaleza en aquellas majestuosas soledades.

La excursión á la cima del monte Dana es sumamente fácil, pues si bien tiene ésta una altura de 13,000 pies, la falda occidental forma un declive tan suave que puede subirse toda á caballo. Al través de una multitud de rápidas corrientes, presenta aquella florida senda una infinidad de sublimes perspectivas,

raras veces veladas por los primeros términos. A medida



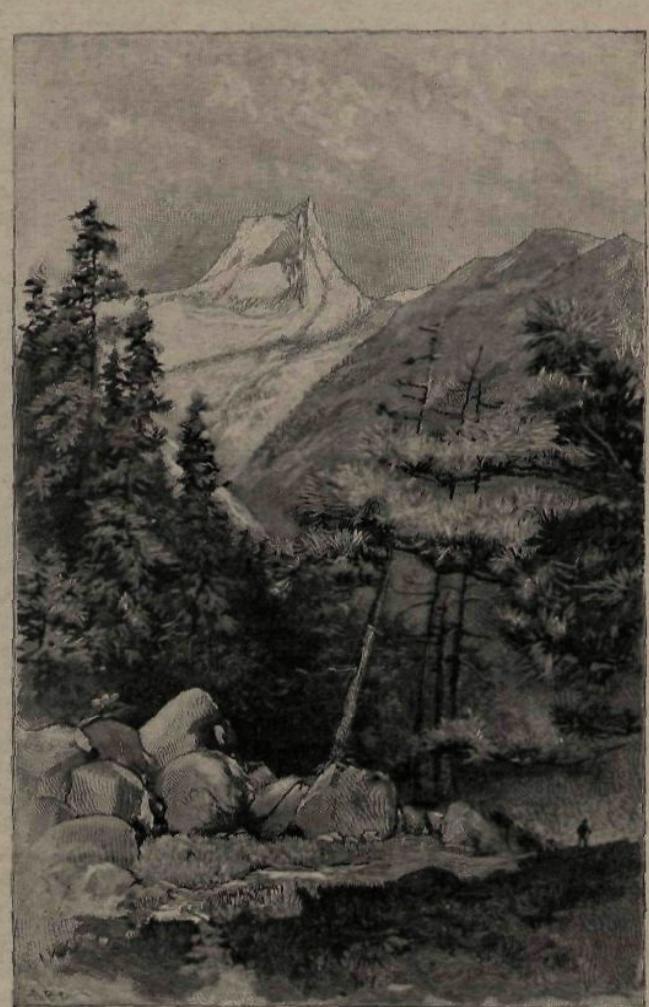
Región meridional de las praderas Tuolumne. Picos del Unicornio y de la Catedral

abundancia unas hierbas muy altas y hojosas, principalmente el bromo, la grama y las agróstidas.

En el mes de Octubre hiela todas las noches, y al salir el sol las hojas de los vegetales, cubiertas de una capa de cristal, ofrecen un espectáculo por todo extremo curioso. Los días son apacibles y templados y las abejas y las mariposas continúan revoloteando y zumbando en torno de las flores recientemente abiertas, hasta la llegada de la nieve, que suele ocurrir en Noviembre. Entonces las tempestades se suceden sin interrupción, inundando las praderas, que se convierten en lagos de diez á veinte pies de profundidad, en tanto que desde las enhiestas cumbres se despeñan fragorosos los aludes, formando inmensos montones de nieve mezclada con los árboles y las peñas que arrancaron de cuajo al rodar por las faldas del monte. En la solana la nieve dura hasta el mes de Junio; pero la nueva vegetación no florece por lo común hasta muy avanzado el de Julio. Yo tengo para mí que la época mejor para visitar el valle es en Agosto. Entonces la nieve se ha derretido, las praderas están secas y disfrútase en ellas de una tibia temperatura; la atmósfera está serena, bañada por el sol, apacible y risueña, y las raras nubes que empañan el cielo y los ligeros chubascos que á veces regalan, no producen otro efecto que aumentar el fresco en el aire, la fragancia de las flores y la belleza del paisaje.

Las espesuras circunvecinas de las fuentes Soda son los sitios más frecuentados por los turistas, que acampan en esos parajes, así por lo fresca y agradable que es allí el agua, saturada de ácido carbónico, como por la hermosa perspectiva de las montañas—el Ventisquero, el Pico de la Catedral, las Agujas de la Catedral, el Pico del Unicornio—y otra infinidad de cumbres que se alzan sobre las frondosas selvas situadas á la izquierda del antiguo ventisquero Tuolumne. Éste, por su extensión y profundidad, contribuye mucho á caracterizar aquella región de la sierra. Pero, á lo largo de las praderas, hay muchos sitios á propósito para establecer un campamento, de modo que en verano puede irse todos los días de una á otra disfrutando así de una gran variedad de panoramas.

Cuatro son las principales excursiones que desde allí



El pico de la Catedral. Vista tomada del Oeste, sobre el lago Tenaya

que va subiéndose van apareciendo nuevas montañas que

enriquecen el paisaje con mayor número de quebradas y fragosidades; un pico descuelga sobre otro pico, haciendo gala de su peculiar arquitectura y de sus nevadas fuentes, variadas hasta lo infinito por sus condiciones topográficas, de luz y de sombra.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

La pequeña Aurora y su abuela

CUADRO DE MISS ELLEN G. HILL

La artista inglesa que pintó esta obra á la aguada, sacó el tema de la *Histoire de ma vie* de la escritora francesa, conocida por el seudónimo de Jorge Sand. En aquel libro puso estas líneas: «Mi abuela cantaba con gusto y entusiasmo las óperas de su juventud. Acostumbraba yo escucharla tendida debajo del viejo clavicordio, con Brillante, su perro favorito, y así me hubiera pasado días y días fascinada por su delicada voz y sus gororitos.» El asunto no puede estar interpretado con mayor exactitud ni con mayor acierto. La futura novelista escucha la voz de su abuela con embeleso, dominada enteramente por ella, y es una figurita llena de gracia, como las pintadas por Reynolds y Gainsborough, que en esta especialidad se adelantan á todos los maestros del mundo. De fijo los recordaría Miss Ellen G. Hill al componer y al desarrollar su bonita aguada. Con la niña forma contraste la abuela, uno de esas señoras de aire noble de principios del siglo, de facciones finas, hermosas físicamente, y cuya hermosura acrecentaba la bondad y la distinción. La escenografía contribuye á embellecer el cuadro, porque resultan sumamente apropiados como fondo y como accesorios de aquel interesante grupo el clavicordio lujosamente decorado con talla y dorados, y los plafones, pilastres y puerta de la estancia, todo según el elegante estilo llamado de Luis XVI, nombre del infeliz monarca durante cuyo reinado se desarrolló y floreció en Francia.

M. BEERNAERT, PRESIDENTE DEL MINISTERIO DE BÉLGICA

Rocas llamadas Faraglioni, cerca de la isla de Capri

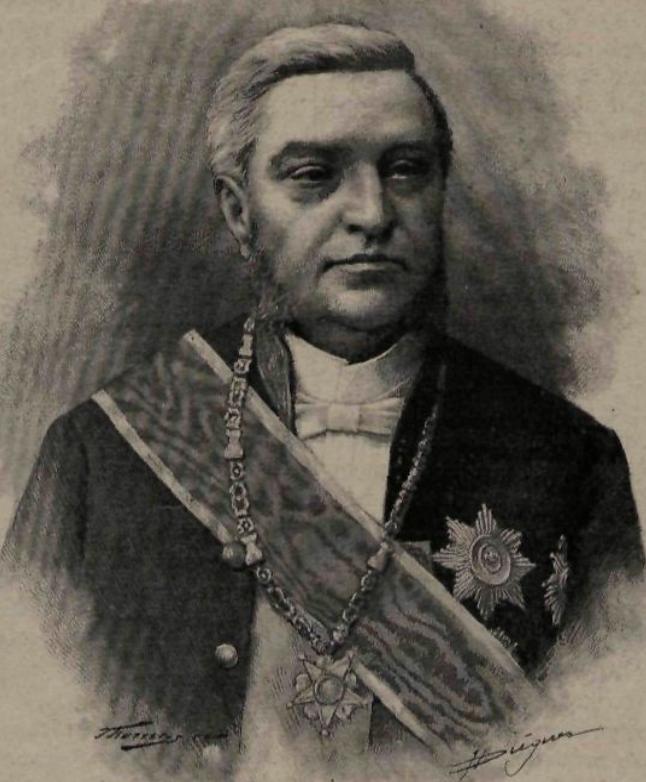
CUADRO DE AUGUSTO LEU

¡Qué deliciosa vista! ¡Qué paisaje y qué marina tan encantadores! El artista que ha pintado esta obra tomó con fidelidad las líneas que le ofrecía la naturaleza y las trasladó al lienzo sin alterarlas. Pero como tenía empeño en que el asunto tuviese vivo interés, con mucha discreción y buen gusto escogió una hora en que el sol produjese en el mar los deliciosos efectos que se hallan hábilmente indicados en el cuadro. Las entonaciones doradas, de un color encendido, que se ven con tanta frecuencia en las costas del Mediódia, iluminaban las píntorescas rocas, iluminaban la orilla, iluminaban el mar en el momento del día elegido por Augusto Leu para pintar su marina y su paisaje, pues que de ambos géneros participan las rocas llamadas Faraglioni, que se alzan cerca de la poética isla de Capri. Esta obra, siendo un estudio del natural, reúne con todo circunstancias propias del paisaje llamado historiado, en el que tanto brillaron los artistas italianos y franceses y que tiene excelentes condiciones para decorar una habitación suntuosa.

M. Beernaert

PRESIDENTE DEL MINISTERIO DE BÉLGICA

Damos en este número el retrato del ilustre hombre político que ha desempeñado el principal papel en los últimos acontecimientos de Bélgica. M. Beernaert, jefe del partido conservador católico belga y presidente del actual ministerio, es oriundo de Ostende y tiene en el día unos sesenta y cuatro años. Es hombre de temperamento robusto, de mirada viva y penetrante y uno de los más elocuentes oradores de la tribuna belga. Señálese su elocuencia por la claridad; sea cual fuere la materia que dilucide, pero en especial en las referentes á Hacienda y Obras públicas, no tiene rival en punto á presentar las cuestiones de modo que el auditorio las vea y las palpe. En 1850 fué inscrito entre los abogados del Tribunal de Apelación en Bruselas, y en 1859, á los treinta años de edad, fué llamado á figurar entre los abogados del Tribunal Supremo. Absorbíale su profesión, y casi se mantuvo alejado de la política, cuando en 1873 M. Malou, que había sabido apreciar su mérito, le ofreció la cartera de Obras públicas. Aceptóla M. Beernaert y desde entonces ha brillado á la cabeza del partido católico. Después de las elecciones de 1878 fueron llamados los liberales y M. Beernaert quedó en la oposición hasta 1884, en que de nuevo triunfaron los católicos. Fué entonces presidente del ministerio M. Malou, quedándose M. Beernaert con la cartera, que había desempeñado anteriormente, mas sintiéndose el primero viejo y cansado se retiró, quedando él en la presidencia del Consejo y con el ministerio de Hacienda, en el que se halla desde hace nueve años. Ha vencido numerosas y arduas dificultades en este período de tiempo y ahora también su tino político ha logrado conjurar el terrible conflicto que amenazaba la paz de Europa. Mucho ha de esperar ésta y mucho ha de esperar Bélgica del talento y de la prudencia de este insigne hombre de Estado.



Mesa revuelta

La embriaguez es un estado determinado por el abuso de las bebidas fermentadas, y que comprende desde el momento en que la acción de éstas perturba la inteligencia y destruye la voluntad, hasta que viene el delirio, ya más acentuado, el sue-

ño involuntario, el coma profundo y á veces la muerte. La embriaguez presenta una serie de variados fenómenos; las consecuencias que produce son distintas según las personas que la sufren, y se manifiesta de modo muy diferente según la edad, el temperamento y el clima. Los niños y los adultos, á causa de la rápida circulación y de la extraordinaria movilidad de los nervios, se emborrachan fácilmente y á poca diferencia lo mismo acontece con las mujeres.

En el estado de embriaguez los individuos de temperamento sanguíneo son ruidosos, turbulentos, enamorados y celosos. Los pletóricos se sienten propensos al sopor, al ahogo y á la apoplejía. Los biliarios son pendencieros, coléricos, furiosos, la embriaguez les pone intratables, enfermos. El melancólico se vuelve taciturno, terco, mal intencionado, caprichoso y propenso á la venganza. En invierno se soportan más las bebidas fuertes que en vera-

no; en tiempo húmedo más que en tiempo seco, y por último por la noche más que por la mañana.

Desde el punto de vista patológico, puede considerarse la embriaguez como un acceso momentáneo de fiebre, producido por la indigestión de bebidas fermentadas, que presenta en su más alto grado los síntomas del delirio y del coma. Termina con una abundante secreción de orina, grandes sudores, el sueño, algunas veces con vómitos, deyecciones violentas, la apoplejía, convulsiones y parálisis parciales. Por lo común una borrachera termina sin necesidad del auxilio de la medicina y no es más que una forma particular del narcotismo, que se cura fácilmente tomando seis ó ocho gotas de amoniaco en un vaso de agua azucarada, ó éter sulfúrico mezclado con aceite en proporción de 25 gotas por cada onza (31 gramos) de aceite. En algunos casos es conveniente facilitar los vómitos por medio de agua tibia, de ipecacuana, ó bien pasando suavemente una pluma por la faringe y también provocando con lavativas las deyecciones alvinas. Algunos suelen aliviarse tomando café flojo; otros con agua azucarada, ó con una limonada tartarizada ó bien mezclada con una infusión de manzanilla. El estado apoplético que, conforme hemos dicho, suele presentarse durante la embriaguez, hace necesaria á veces la sangría en el brazo, las sanguinuelas en el ano, los sinapismos en los pies, etc., etc.

Se aconsejan como medios preservativos contra la embriaguez, las almendras amargas, los dientes de ajo, comer col y masticar hojas de laurel. Por último, hay quien asegura que la embriaguez se contiene rápidamente sumergiendo al borracho en un baño de agua fría.

Unos labradores vivían en paz y en el seno de la abundancia en su aldea. Sucedío que un año hubo una gran sequía, la cual fué tan grande que todos temieron morir de hambre. El común se juntó, y después de haber deliberado por largo tiempo sin haber decidido nada, un viejo toma la palabra y dice:

—A poca distancia de este lugar hay un gran lago. Id á sangrarle, pero sabed ahora dirigir sus aguas. Cuando nuestros campos estén bien saciados, cerraremos las sangrías que hayamos hecho.

Corren al instante para ejecutar la inundación, abren en cien parajes, el lago se desagua con violencia e inunda toda la llanura, sumergiendo y arrastrando consigo toda la cosecha. Cuando ven que todo está anegado y perdido, echan en cara al viejo su mal consejo.

—Mi consejo era saludable, respondió él; queríais un poco de agua y le dais rienda suelta; debíais regar y habéis inundado; el exceso de un gran bien se convierte muchas veces en un mal muy grande.

Un médico de Londres, establecido en la Barbuda, poseía un ingenio y varios negros; en cierta ocasión le fué robada una cuantiosa suma, reunió á los negros y les dijo el astuto médico:

—Amigos míos, la gran serpiente me ha aparecido durante la noche y me ha dicho qué aquel que me ha robado tendría en este momento plumas de papagayo sobre la nariz.

Al oír esto el culpable llevó al instante la mano á su nariz.

—Eres tú quien me ha robado, dijo el amo; oigo á la gran serpiente que me lo está diciendo.

El negro atónito y confuso devolvió al instante el dinero.

Uno de los marqueses más elegantes de París había ido á buscar á unas señoras para acompañarlas al Observatorio, en donde el célebre Cassini debía observar un eclipse de sol. Como las señoras se hicieron aguardar mucho entretenidas por su tocado, al presentarse el petímetre en la puerta del Observatorio, el eclipse había ya pasado.

—No importa, tengan ustedes la bondad de subir, amables señoras, decía el marqués; el señor de Cassini es uno de mis amigos; no dudo que por complacerme tendrá la bondad de repetir el experimento.

Uno de los hijos de la señora Thibault, primera camarista de María Antonieta, habiéndose batido en duelo en el parque de Compiègne, tuvo la desgracia de matar á su rival. La madre imploró al instante los bondadosos sentimientos de la delfina á favor de su hijo, y valiéndose de esta poderosa intercesión, pudo sustraerlo á la severidad de las leyes. Habiéndose permitido una dama de la corte decir que madama Thibault no había implorado su protección sino después de haber sufrido una negativa de madama Dubarry, María Antonieta exclamó:

—Si yo fuese madre, para salvar á mi hijo me echaría á los pies de Zamoro, que era el negro de madama Dubarry.

Para limpiar las esponjas, se recomienda el empleo del agua con una disolución de amoniaco (una cucharada por cada litro), dejándolas sumergir completamente en este líquido por espacio de algunas horas. Hecho esto lávense en seguida las esponjas en agua y quedarán como nuevas.

Los pañuelos de seda pueden limpiarse por el siguiente procedimiento: Échese agua hirviendo en una cantidad de salvado y filtrese por medio de una tela. Cuando la disolución esté fría, sumérjanse en ella los pañuelos, y jabónense frotándolos suavemente con la palma de la mano. Enjuáguese luego con agua fría, séquense por compresión entre dos tejidos de tela y pláñchense luego.

El valor es la única virtud que no se puede contrahacer.—EL REY ESTANISLAO.

Temed al que os teme.—PROVERBIO PERSA.

La experiencia es la demostración de las demostraciones.—VAUVENARGUES.

La malicia no nombra, pero designa.—***.

Hoy día, servir al Estado no es, cual en otro tiempo, servir al príncipe, que sabía castigar y recompensar. Hoy, servir al Estado es servir á todo el mundo. Y todo el mundo es una entidad que no se cuida de nadie en particular. Luego servir á todo el mundo no es servir á nadie. Nadie se interesa por nadie. Un empleado vive entre esas dos negaciones.—BALZAC.

La danza no se diferencia de la locura sino en que no puede durar tanto.—ALFONSO, REY DE ARAGÓN.

En París nunca estarás de sobra, ni nunca te echarán de menos.—BALZAC.

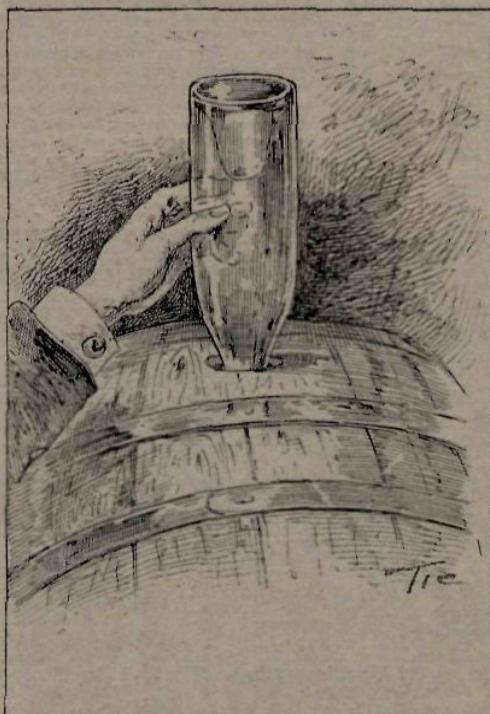


EL TONEL GENEROSO

Por un contrasentido inexplicable, llámase generoso al vino más caro, y por consecuencia menos liberalmente repartido: más razón hay en decorar con el simpático adjetivo de *generoso* al tonel que paga el daño con un beneficio; cualquiera puede cerciorarse de la verdad de nuestro aserto, mientras haya en su bodega un tonel lleno, lo cual no es difícil en nuestros tiempos. Baje, pues, el afortunado y complaciente lector á su *cave* más ó menos bien abastecida, y encargando á los asistentes que alumbrén bien el sitio donde va á realizarse el prodigo, empiece sin más preámbulos la experiencia siguiente.

Se trata de llenar de vino una botella que contiene agua; y esto debe verificarse sin abrir ninguna espita, valiéndose simplemente de la botella.

Para obtener tal resultado es preciso que se produzca un vacío más ó menos completo en el interior de la botella: ¿cómo? vamos á decirlo: llena de agua la botella se



tapa con la yema del dedo y se la coloca en sentido inverso á manera de embudo dentro del orificio superior del tonel: una vez introducido el cuello en el orificio, se desata con precaución la botella, y ésta va vertiendo en el interior del tonel el agua que contenía y que dejando exhausta de aire la cámara de vidrio, es reemplazada poco á poco por el vino, que asciende por el cuello, en virtud de ser más ligero que el agua y de cumplir escrupulosamente la ley que manda á los cuerpos ocupar los sitios donde es nula ó insignificante la presión atmosférica.

Así, pues, por el agua con que se alteró la pureza del vino, el tonel devuelve el mismo volumen de vino puro, maravilla que no es capaz de realizar el más bonachón tabernero del mundo, y que corrobora mi aserto al asegur-

rar que es verdaderamente *generoso* el tonel de que se trata.

Este experimento es sencillo y original y puede acreditar de generoso al tonel y á su dueño, porque se supone que luego de verificado el cange, se dará á catar el vino ascendido á los amigos que presenciaron la maravilla, para desvanecer toda idea de mystificación.

JULIÁN.

Solución al logogrifo anterior:

PELOTAS	LOPE	LELO	SOL
PÉTALOS	POSTAS	PESAS	LOSETAS
PELOS	TOPE	TELAS	PESETAS

Solución al anagrama musical:

DO-RÉ SI-LA SOL-FA MI-DÓ

Solución al logogrifo numérico:

CRISTÓBAL

CHARADA

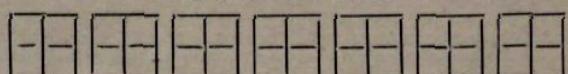
- ¿Mi primera? —Cierra puertas.
- ¿Mi tercera? —Pena da.
- ¿Prima y dos? —Son hebras muertas.
- ¿Y si tres una?... —No aciertas.
- ¿Tres prima?... —Cosa será.
- ¿Tres una dos? —Italianas.
- ¿De las bellas? —Ciento es.
- ¿En Florencia? —Allí, galanas,
- ¿podré hallarlas? —Si te afanas;
- ¿Quién lo asegura? —Un francés.
- ¿El todo? —Es algo ligero.
- ¿Y además? —Interjección.
- ¿Cómo se entiende? —Yo infiero...
- Dímelo ya. —Soy severo.
- Busco y no hallo... —Solución.

LOSANGE

Sustituyan los puntos por letras, de modo que leidas vertical y horizontalmente den: 1.^o, consonante; 2.^o, nombre masculino; 3.^o, ciudad italiana; 4.^o, rey filósofo; 5.^o, sustantivo en plural; 6.^o, pronombre; 7.^o, consonante.

LUIS M.ª G. BERT, de Barcelona.

CUADROS DE LÍNEAS



Eliminando veintiuna líneas y tres medias de las cuarenta y dos de que se componen estos siete cuadrados, transformémoslos en letras, de modo que resulte el nombre de una capital de provincia.

ANGEL SUERO, de Sevilla.

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA, CANO, JOVEN, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAN, ORTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLE.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA
funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCIÓN

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA

NOVÍSIMO
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REACTADO EN VISTA DE LOS DR.

Dominguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret,
Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiendo por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

POR EL

Dr. C. KRAUCH.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4º. Impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al infinito precio de 20 reales.



Limpiaos la Sangre con la Zarzaparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarzaparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestión, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendación parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al por menor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarzaparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., U.S.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

VIDA DE SAN JOSÉ

POR EL P. CHAMPEAU

Edición magníficamente ilustrada. Consta de 30 cuadernos á peseta cada uno.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Vera Cruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirán y encaminara á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes, — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.